

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días

Ve EL QUILJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA

CONSUMATUM EST

Sin comentarios, que en estos momentos no nos serían permitidos, publicamos á continuación las bases sustanciales del protocolo concertado entre España y los Estados Unidos para el establecimiento de la paz:

«Artículo 1.º España renunciará á toda pretensión á su soberanía y á todos sus derechos sobre la isla de Cuba.

Art. 2.º España cederá á los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como una isla en Las Ladroneas, que será escogida por los Estados Unidos.

Art. 3.º Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un Tratado de paz que deberá determinar la intervención (contrôle), la disposición y el gobierno de Filipinas.

Art. 4.º España evacuará inmediatamente Cuba, Puerto Rico y las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales; con este objeto cada uno de los dos Gobiernos nombrará comisarios en los diez días que seguirán á la firma de este protocolo, y los comisarios así nombrados deberán en los treinta días que seguirán á la firma de este protocolo encontrarse en la Habana, á fin de convenir y ejecutar los detalles de la evacuación ya mencionada de Cuba y de las islas españolas adyacentes; y cada uno de los dos Gobiernos nombrará igualmente en los diez días siguientes al de la firma de este protocolo otros comisarios que deberán, en los treinta días que seguirán á la firma de este protocolo, encontrarse en San Juan de Puerto Rico, á fin de convenir los detalles de la evacuación de San Juan de Puerto Rico y de las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales.»

EL JUICIO DE LAS COMADRES

—Por no me estar ocioso y así, mano sobre mano, boquiabierto y ojietornado, pues con esto de las censuras no hay amor, ¿qué dirá vuestra merced que me hice? De cierto que no cae en ello.

—Dímelo de una vez, Sancho amigo, y no me condenes á desenredar acertijos ni leer geroglíficos.

—Pues abrí de nuevo mi tribunal, y gentes que supieron que Sancho juzgaba, acudió muy gozosa y curiosa, saltones los sus ojos y aguzadas las orejas para ver de ver y oír decir mis sentencias y hacer buen aprecio de mis muchos talentos.

—Tampoco de molestia andas escaso, que así parece tú el sencillote Sancho, como parece elegante y docto el cursilón de los cursilones y pedantón de los pedantones, Sánchez.

—¿Quién es ese tal Sánchez, que puede sea pariente mío, que de Sancho á Sánchez poco va?

—Pues un plebeyote como tú, convertido en duque de Almodóvar del Río. Pero sigue con el cuentó de ese tu tribunal, y esos tus juicios y sentencias.

—A eso vengo, señor mío de mi ánima. Abrí mi tribunal y entraron en el juzgado dos mujeres, una vestida á lo labradora, y la otra como una soldadota de las que llamaban mazonas.

—Amazonas, Sancho—que no mazonas, y estas tales eran mujeres muy guerreras y brisasas...

—Sea Amazonas. Traía la tal amazona una larga espada mellada de filo y embotada de punta, y tan sin brillo, que parecía eje de asador más que espada... Encaróse la mujerota conmigo, y díjome sin muchos respetos en gesto y tono, aunque parecía respetuosa en las palabras: «Señor gobernador; yo y esta... perdularia mosquita muerta, venimos ante vuestra merced, en razón que está mal enfadada vino á mi tienda de campaña y me dijo: señá Pelotera, señá Guerra... ¿puede hacerme vuesa merced con esta mala espada defensa de mi casa? Y mire vuesa merced, señor gobernador, si con esta espada, que es la de Bernardo, mas una carabina que me dió, y que era de un tal Ambrosio, y no dándome ni de comer ni de beber... habría yo de hacer defensa segura de cosa alguna. Díjome que me lanzase á pelear, y luego muy por lo bajo aseguró que á ella le importaba un comino la tal defensa, sino que todo lo hacía por el bien parecer... pues al fin y á la postre el diablo habría de cargar con todo cuanto se quería que yo defendiese... Moliéronme á palos los enemigos y de melladuras la espada y estalló la carabina... y ahora la tal comadre doña Paz dícame que mía y sólo mía es la culpa, cuando si yo hubiese tenido alimentos y mejores armas hubiera peleado con fortuna, y cuando aun con hambre y sed y malos arnamentos hubiera resistido hasta morir. ¿Es justo que maldiga de mí?

Calléme yo esperando hablase la otra comadre, la cual, con voz de flautín y melosas palabras amoratadas...

—¿Palabras amoratadas? ¿Qué es eso, Sancho?

—Amoretadas—dije.—Con palabras melifluas de... y ojos ávidos de devoradores como los de un Gamazo insaciable que se afila las uñas, exclamó:

—Ah, señor, que la guerra nunca debió hacerse... Hanse—como diría un tonto pulido imitando á Castelar—metido en guerra por la prensa, ¡esa prensa, esa prensa!

—No haga vuesa merced acusaciones sin prueba—dije yo muy gravemente.

—La prensa, sí, señor gobernador,—replicó la gatita muerta.

—No es justo lo que dice,—repliqué.

—Tan justo como es que las pobrecitas instituciones y los inocentísimos gobernantes y los beatísimos políticos no tuvieron culpa alguna.

—Irrítome—pulidescamente hablando—oír esto y callarme. Los tales no querían guerra, ¿por qué no lo dijeron? La prensa, ¿de quién es? ¿Quién la paga? ¿Quién la inspira? ¿Acaso no son los políticos? Fuera bueno echar la culpa á la prensa... ¿Cuyo es *El Tiempo*? ¿No es del pelele de Silvela? ¿Cuyo es el *Heraldo*? No es del abogadito Canalejas—que viaja como las maletas y cerrado sigue.—¿No inspiró *La Correspondencia* el aspirante Laserna, y demás gente de tercera, como el aspirante á ministro, Mellado? ¡Vaya una cachi-porra sin rabo! Tal es esto, como si yo dijere, que cuando oyeren las gentes sonar una corneta, saliesen de paseo y con vestidos de fiesta, porque avisaba la corneta buen tiempo, cielo limpio y sol brillante, y luego cuando yo tocara la corneta y las gentes saliesen

muy confiadas, majas y contentas á la calle, cayera una lluvia torrencial.

No me echéis culpa si mí—dijera yo arrojando al suelo la corneta y pisoteándola—¡echársela á esta pícara corneta!

¿Quién sopló en ella?—me diriais...—Déjense, pues, de rodeos y al grano. ¿Qué es lo que pretenden?

—Pretendo—dijo la amazona,—no dar mi brazo á torcer y seguir en la pelea.

—¿A recibir más golpes? ¿á que te arrebaten más tierras? grita la señá Paz. Yo he de venir.

—¿A qué? ¿A sumirnos en la vergüenza? ¿á traer sobre nosotros el desprecio universal? ¿á que nos consumamos en la miseria? Vale más mi muerte gloriosa que la tuya lenta y afrentosa.

¡Oh qué gritaría produjeron! ¡Qué de improperios se dispararon! ¡Qué afrentas, qué insultos, qué de mutuas inculpaciones... y tal barahunda revuelta, confusión y bullicio armaron, que yo abandoné el tribunal... y allí las dejé enzarzadas y sin muestras de avenencia.

—¿Y te has venido sin sentenciar? ¡Vaya un juez!... Ciertamente que eres un magistrado bien simplón y cobarde.

—Y qué sentencia he de dar, señor y amo mío, si ni aun entendí, verdaderamente, de lo que se trataba.

—Pues has de darles esta sentencia que yo voy á dictar á nuestro amanuense:

«Yo D. Sancho Panza, exgobernador de la Insula Barataria, y futuro gobernador de las insulas que á gobernar me dieren, creo que debo de sentenciar y sentencio:

1.º Que los gomosos Silvela—él pavi-tonto, pero que sabe donde guisan—Sánchez—vulgo duque de Almodóvar del Río—y todos los politiquillos de su toque y porte, Cascatejas—inclusive—sean condenados á hacer calceta ó remendar pantalones... pero que no vuelvan á creer que un gran pueblo puede confiar sus destinos á gente sin instrucción, por muy parlante que la tal gentecilla sea.

2.º Que los Gamazos y demás hábiles... vayan con las ratas sus colegas...

3.º Que venga gente nueva.

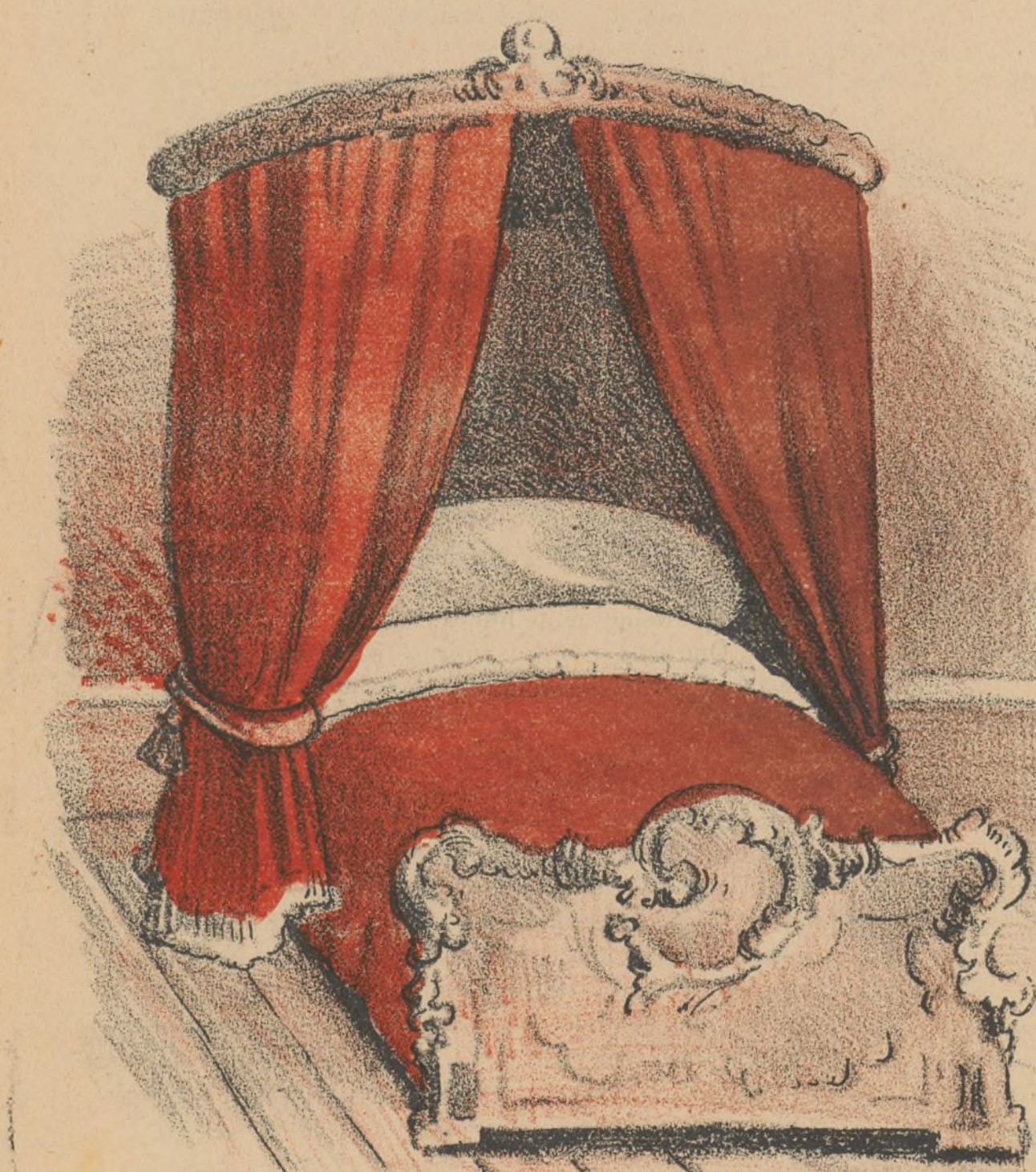
4.º Que si hemos de abatirnos soportando la paz, sea para prepararnos á la guerra... ahoreando á todos los necios que nos hablen de «Cosmopolitismos» y que renieguen de la patria. ¡Guerra, cuando fuere posible... la raza española no puede quedar despreciada, humillada... ¡El odio es santo, aquél que en su corazón no lo sintiere es un ser envilecido...! La revancha, la revancha; heredamos de nuestros padres el honor, fuimos pueblo respetado en todo el mundo... Seamos austeros, constantes, tenacísimos... pensemos en que los que quieren la paz, por conservar su pitanza y su sosiego... son como los lechones holicados en la game-lla y revolcándose en el lodo... No, no. ¡Qué importan treguas... si el odio santo vive en el corazón... Pensemos en la guerra y amemos la guerra... España no puede morir, ¡No, patria amada, no, tú no mueres!



—¡Serenol! ¡Serenol!

El sereno. —¡Digu que nun voy! ¡Que estoy durmido!

Un pescador de caña.



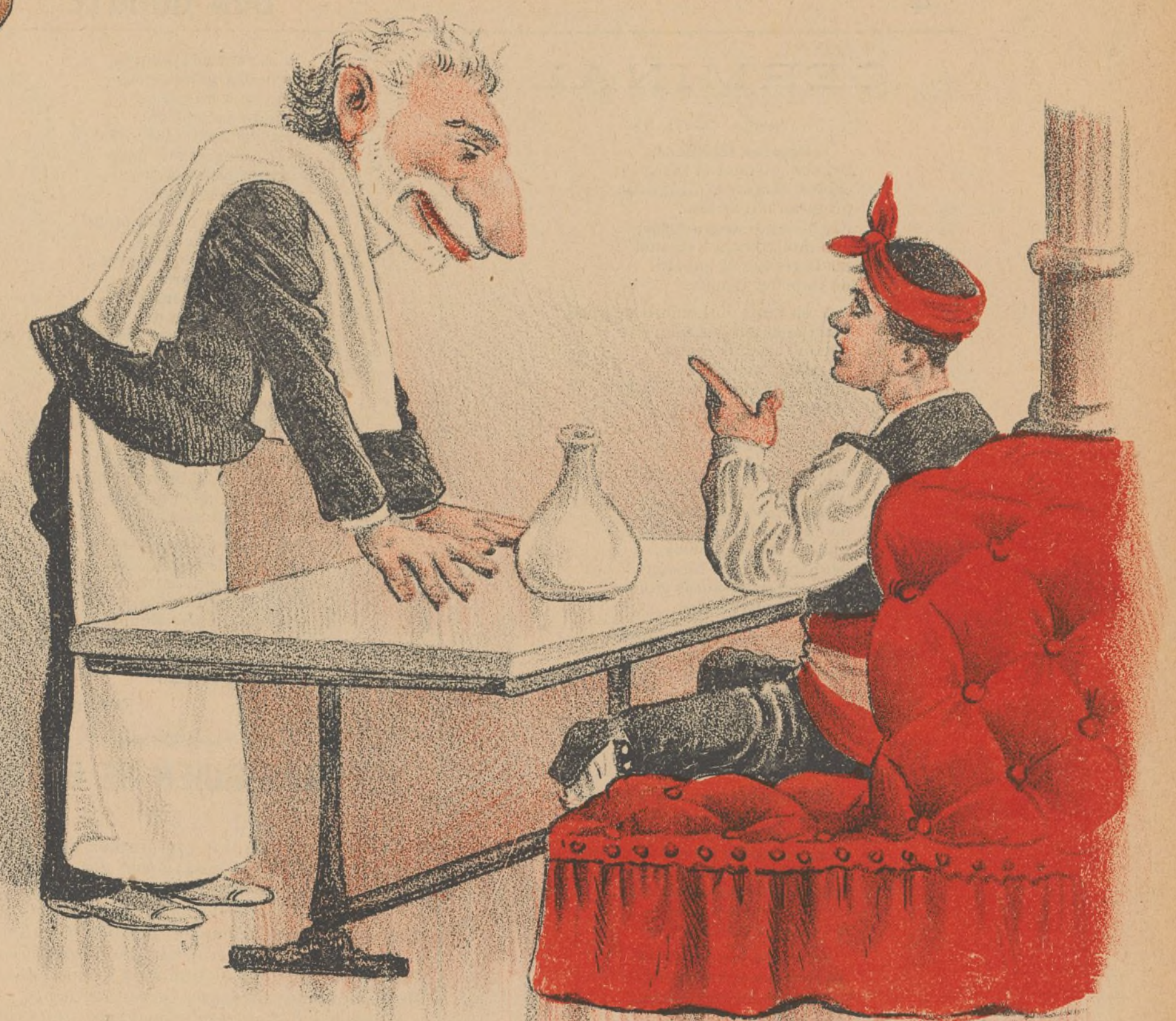
Acabarán por dormir juntos.



Estoy pasando contigo más penas que el caracol, que lleva su casa á cuestas con las fatigas de Dios.



Tanto en paz como en guerra, soy el hombre preciso en esta tierra.



—¡Mozo! Un vaso de leche.
—No puedo servirle; se ha concluido ya.



El último auxilio.



La situación de la prensa.
(Tercer golpe).

Ayuntamiento de Madrid

GERMINAL

POESÍA CRISTIANA

Telégrafos, teléfonos,
luz conquistada al rayo,
cables, motores, máquinas.
progreso universal...
¡Oh tiempos asombrosos!
¡Oh inteligencia humana!
¡Nada resiste al ímpetu
de tu poder triunfal!

Y en tanto, el hombre siempre,
enteramente el mismo,
sin que consiga nunca
su estéril ambición,
ni realizar sus locas
constantes ilusiones,
ni del humano vicio
negarse á la impulsión.

¡Ay! todas las modernas
logradas invenciones
y atléticos esfuerzos
de nuestro humano afán,
y todas las conquistas
del pensamiento humano
que al mundo tantas glorias
y tanto impulso dan,

no evitarán que el íntimo
fulgor de una mirada
como la chispa eléctrica
sacuda el corazón,
ni que con fuerza incógnita
reconditos motores
hagan que rauda estalle
sin frenos la pasión!

No lograrán que el hombre
con sus primeras canas
al ver que desaparece
su fuerte ardor viril,
descubra el dulce bálsamo
con que en dichosa aurora
recobre archipotente
la fuerza juvenil.

Salvamos las fronteras,
luchamos con los mares,
rompemos las montañas,
soñamos con volar;
y en rayos más intensos
que los del sol radiante,
del cuerpo humano al fondo
logramos penetrar.

Mas ¡ay! que no evitamos
que la ambición nos mine,
ni huir las atracciones
del oro tentador,
ni que los celos maten,
ni que en tenaz tormento
devoren nuestras vidas
la envidia y el rencor!

¿Ni qué progreso el nuestro
si hay seres á millones
llorando noche y día
su condición fatal,
y mientras los inútiles
en la abundancia nadan,
para ellos es la vida
desconsolado erial?

Ved las inclusiones, llenas
de expósitos sin nombre;
de pobres numerados
las cuerdas del cuartel;
llenas las manecías
de carne humana en venta;
los hospitales llenos
de pobres á granel!

Viviendo en sombra eterna
bajo las hondas minas
calor prestando al mundo,
la raza más viril;
los niños con libreas
sirviendo al poderoso;
muriendo en los combates
la juventud febril!

Llenos los amplios claustros
de seres egoístas,
comiendo en santa holganza
seguro y blando pan;
y en los glaciales bancos
de los suntuosos parques
durmiento los mendigos
que no amanecerán!

Huyendo mar afuera
los tristes emigrantes
que á la inclemente Europa
maldicen al partir,
buscando en otros climas
lejos del patrio suelo,
defensas de la vida,
derechos de vivir!

Las manos temblorosas
tendiendo el triste anciano,
que ochenta años al yunque
pasó en labor igual,
hallando en recompensa
tan misero y tan viejo,
su lecho en el arroyo,
su tumba en el portal!

En ricos mansoleos
los célebres ladrones
con epitafios de oro
que al sol roban su luz,
y al hoyo, amontonados
en ignoradas hacas,
los pobres sin más títulos
que la modesta cruz!

¡No! Mi progreso es otro,
y de mis tiempos dudó!
Y del dormido campo
en la ancha soledad,
á los templados rayos
de la amorosa luna
y de los astros viendo
la eterna inmensidad,

á la Suprema Fuerza
que tantos mundos rige
dirijo yo á mis solas
llorando mi oración:
—¡Señor! Al hombre inspira,
y haz que su genio logre
á tantas desventuras
la ansiada solución!

Tras tanto y tan inmenso
saber, y gloria tanta,
las obras de los hombres
cual humo pasarán,
y todos ¡ay! seremos
bajo la tierra un día
montón de blancos huesos
que al polvo tornarán...

¡Oh, no! Sembremos antes
plantel de nuevos gérmenes,
y el hombre al hombre encuentre
consuelo en su dolor!
Infúndenos la ciencia
que ansioso el mundo espera;
remedio á las desdichas,
y universal amor!

Haz que de los estériles
campos del mundo viejo,
surjan la vida nueva
y el mundo fraternal;
y tras las negras sombras
en que los hombres viven,
renazca el sol que alumbra
fecundo germinal!

EUSEBIO BLASCO.

VEREMOS QUIEN SE EQUIVOCA

Los reaccionarios, los que juzgan las cosas por las apariencias y los que desconocen por completo el verdadero carácter de este pueblo, no se cansan de decir y repetir, como si obedecieran todos á una misma consigna, que no hay redención posible para España, que somos ya un país muerto, que las desgracias de la patria á nadie preocupan, que todo lo malo es aquí posible y que somos incapaces de regenerarnos.

Lo peor que tiene esa propaganda, que con ciertos fines hace la gente reaccionaria y sus cómplices conscientes ó inconscientes, es que ha logrado contaminar de los más negros pesimismo y del mayor desaliento á espíritus que parecían muy bien templados, á hombres de cuya inteligencia y buena fe no puede dudarse.

Viene—se dice—un desastre después de otro, suceden á unas desgracias otras mayores, está la patria atravesando una crisis verdaderamente peligrosa y el pueblo piensa en fiestas y en jolgorios, la gente se divierte, llena los teatros y los circos taurinos, y baila y canta en las verbenas; se pierden las colonias y no interrumpe sus juergas; se suspenden las garantías constitucionales y sigue divirtiéndose; ni la destrucción de la escuadra de Montojo, ni la catástrofe ocurrida á la escuadra de Cervera, ni la capitulación de Santiago, ni la conducta arbitraria del Gobierno, consiguen conmover á ese pueblo digno del látigo.

Aquí—continúan diciendo—no hay opinión ni hay país ni queda ya vergüenza ni esto es ya un pueblo.

Esa propaganda perniciosa no debe ser secundada por nadie que ame á España.

¿Estará ahora el pueblo español más degradado y envilecido que en los últimos tiempos del reinado de D. Carlos IV? ¿Estaremos á más bajo nivel ahora que cuando la inmensa mayoría de los españoles gritaba: ¡vivan las caenas! y los atentados más brutales de Fernando VII y su camarilla de verdugos eran aplaudidos por un pueblo salvaje que parecía inasequible á toda idea digna, á toda civilización y á todo progreso?

Los míopes, los eunucos de la inteligencia no hubieran creído que la España de Carlos IV y de Fernando VII era capaz de la obra realizada por las Cortes de Cádiz y por los héroes de la guerra de la Independencia.

Durante la primera reacción absolutista parecía que nuestra patria estaba condenada á perpétua obscuridad y envilecimiento... Mientras lo mejor de España perecía en los cadalsos ó estaba en los presidios ó comía el negro pan de la emigración, el populacho se divertía también, olvidando, peor aún, celebrando con muestras del mayor júbilo las desgracias de la patria. ¿Impidió todo esto que Riego demostrara que no estaba este pueblo tan envilecido como se suponía y que era muy capaz de regenerarse?

En la segunda reacción absolutista se extremó más el rigor; el envilecimiento del pueblo parecía más grande; su abyección era tal, que nadie hubiera podido creer que era posible aquí la regeneración. El milagro se hizo. ¿Se pretende que ahora hayamos caído más bajo que entonces? Y si esto no puede afirmarse en serio, ¿cómo afirmar que estamos para siempre en el pantano, condenados á morir en el envilecimiento y la abyección?

Hagan su propaganda los reaccionarios; vacilen los débiles, los pobres de espíritu; nosotros no vacilamos. Tenemos fe en los futuros destinos de la patria. Creemos en la España del mañana, grande, regenerada, vi viendo la vida de los pueblos libres. Confiamos en las energías, en la virilidad, en el carácter de este pueblo. Veremos quien se equivoca.

PUDIERA SER

Lamentéme no ha mucho, en presencia de un amigo, hombre discretísimo, de la serie interminable de desdichas que afligen á España.

—Quién sabe—dijo mi interlocutor,—quién sabe si

las tribulaciones de hoy no serán mañana motivos de justificado regocijo.

—Mucho optimismo se necesita para imaginarlo.

—¿Por qué suelen decir los místicos que Dios conoce mejor que nosotros lo que nos conviene? Dejemos á Dios á un lado, con muchísimo respeto, y recojamos lo que hay de positivamente cierto en la observación. Y es, á saber: rara vez cierta el hombre en el juicio de lo que es conveniente ó nocivo. Mucho los mortales nos quejamos de la fortuna, pero es tal nuestra ceguera, que no podría el destino hacernos daño mayor que el de atemperar siempre los hechos á nuestros deseos.

Cuéntase que á un labrador, en premio de su piedad, otorgó el don de regir á su antojo los elementos. El agraciado creyó con ello hecha su fortuna. Que hiele, decía; y helaba. Ahora necesito lluvias que rieguen mis campos; y llovía. Ahora sol, ponte para que madure el fruto; y hacía sol. Ahora unos días de viento para la limpia; y soplab el viento. El resultado fué que el labrador perdió la cosecha. Todos los humanos nos parecemos un poco al labrador del cuento.

—La parábola es ingeniosa, repliqué, pero no se me alcanza cómo ella pueda probar que á nadie, individuo ó pueblo, le convenga una sucesión no interrumpida de infortunios.

—Eso depende, en primer término, del estado del individuo ó del pueblo que se trate. Ni á usted ni á mí nos conviene de ninguna manera que se nos corte una pierna, porque las tenemos sanas; para el infeliz que se la quebró suele ser la amputación provechosa y aun necesaria.

—No me gusta discutir con metáforas. Es un procedimiento demasiado expuesto al error.

Pues, sin figura. ¿Conoce usted la teoría de Spencer sobre la disciplina de las consecuencias? Es dura, pero en el fondo exacta. Dentro de ciertos límites hay que dejar que los niños aprendan el bien y el mal á sus expensas. No se consentirá que se caigan de la chimenea ó que se arrojen desde un quinto piso, pero una pequeña quemadura, una caída sin transcendencia serán de más provecho para enseñarles la prudencia que todas las exhortaciones. Tal es la teoría pedagógica del gran pensador inglés, ya antes expuesta con menores desenvolvimientos en el *Emilio*, por Rousseau.

—Lo que ahora pasa á España más se parece á la caída en un brasero ó desde una torre que á una ampolleta ó á un coseorrón.

—¿Qué quiere usted! La realidad no es un aya solícita ni un pedagogo cuidadoso que se ocupe en mitigar el daño y poner medida al escarmiento. Es lo que es. Quien infringe sus leyes sufre los inevitables efectos. ¡Dichoso él si el mal es lo bastante eficaz para colmarle de experiencia sin ser tan grave que le prive de los medios de aprovecharla!

—¿Es que no cree usted que el mal que España padece pueda ser mal de muerte?

—Bien pudiera ser, por el contrario, el comienzo de una nueva vida. Repare usted cuán decisiva es la influencia de los hechos. ¡Cuántos años llevan ustedes, los hombres de su tiempo, predicando al pueblo español que renuncie á continuar su pasado, se deje de trampantojos de gloria y atienda á regenerarse por los medios y procedimiento que impone la vida moderna! Estéril predicación que suena en el vacío. Pues vienen los hechos y de una vez, en un solo golpe, liquidan ese pasado é imponen bruscamente por ley de la necesidad el cambio que no ha sabido operar la prudencia. ¡Cuánto no se habrá dicho y escrito contra la dominación teocrática!

Los sucesos de Filipinas enseñan más sobre el particular que los discursos. ¿Qué de exhortaciones no se habrán hecho á los hombres de dinero para lograr que empleasen sus capitales en obras útiles y productivas en vez de consagrarlos á la compra de papel! La banca es la única panacea para rectificar los torcidos rumbos del capital. Y así en todo. Ustedes, predicadores, han sido el pedagogo que advierte el peligro y la manera de evitarlo. El país ha sido el niño atolondrado ó indócil que resiste al consejo. La realidad es la inexorable maestra que castiga y corrige.

—De suerte que, según usted...

—En mi opinión, la crisis porque atraviesa España es decisiva. ¿Aprende, se corrige, rectifica sus yerros, hace vida nueva? Antes de muchos años bendecirá lo que ahora tiene por catástrofe. ¿No ve, no comprende, desdeña la experiencia, desaprovecha la lección? No tardará en desaparecer de entre las naciones.

—¡Duro trance y tremendo riesgo!

—Acomodado á la gravedad del caso. Tal como veníamos viviendo, ¿había para nosotros porvenir? ¿Había horizontes? ¿Había esperanza?...

Y de aquí partió mi amigo para endilgar una brillantísima disertación llena de elocuencia y doctrina.

ALFREDO CALDERÓN.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.